

URBANIZACIÓN, MIGRACIÓN Y CULTURA URBANA. CARACAS EN LA MODERNIDAD

Newton Rauseo

Área de Estudios Urbanos, Escuela de Arquitectura Carlos Raúl Villanueva, FAU.UCV.
newrau@gmail.com

RESUMEN

Un estudio crítico del proceso cultural de urbanización de Caracas en la Modernidad, requiere detectar, tanto el contexto socioeconómico de la sociedad como su acción de gestión en la ciudad, que nos lleve a reflexionar sobre la praxis concreta llevada a cabo. Esta ponencia se enmarca en una línea de investigación sobre práctica y gestión social en los procesos de producción, crecimiento, desarrollo y transformación de la morfología urbana. El objetivo fue identificar y sistematizar algunos asuntos relevantes del proceso de modernización de la sociedad venezolana y de urbanización en Caracas –con énfasis en finales del siglo XIX y primera mitad del siglo XX–, y entre ellos la incidencia del fenómeno social migración, tomando aquellas referencias contextuales necesarias para aproximarnos a una comprensión integral de los mismos. La investigación cualitativa abordó, metodológicamente, algunos aspectos morfológicos estructurantes de la sociedad (sociales, económicos, políticos, culturales, con énfasis en los físico-espaciales) que contribuyen a explicar con mayor profundidad la situación integral en el tiempo mencionado. No se trata de la introducción de formas, funciones o estructuras de manera aislada, sino más bien alcanzar el espacio global al traerlas en conjunto de acuerdo con una concepción unitaria. Se hace una apertura al análisis crítico de agentes (instituciones) y actores (personas) determinantes en la materialización de la ciudad capital: la fenomenología de urbanización y la práctica social de gestión privada, pública, comunitaria, como manera de hacer, como vida y costumbres sociales; la dialéctica de la migración: con lo interno y lo externo, lo que comporta. Es una breve exploración –con un marco introductorio– sobre los antecedentes sociohistóricos, la Caracas de la época, los fenómenos principales de urbanización (urbanizaciones, conjuntos de edificaciones, barrios, todos residenciales), su morfología y las conclusiones que contribuyen a su conocimiento en términos de patrimonio urbano.

Palabras clave: urbanización, migración, producción-gestión, agentes-actores, cultura moderna.

MARCO INTRODUCTORIO

Al ser la gente el sujeto-objeto fundamental de la ciudad, decimos que urbanización y migración son prácticas de carácter social.

Buscamos indagar sobre la complejidad de los asuntos involucrados en estos dos fenómenos sociales y la necesidad de ampliar la visión ante ellos, como hechos relacionados y concretos de nuestra sociedad; aportar una base de ideas, pensamientos y datos que contribuyan a conocer y comprender nuestras exposiciones y presupuestos. Urbanización trata del crecimiento, desarrollo, transformación de la ciudad como asiento de la gente: asentamiento humano. La migración que abordamos es sobre movimiento de gente, de seres humanos, de un territorio a otro, por diversas razones y causas.

Desde tempranos tiempos los seres humanos han practicado las migraciones. La agricultura lleva a la humanidad del nomadismo (recolección para la subsistencia) al sedentarismo (producción para subsistir, progresar, desarrollar) y así a la civilización, que se basa en la gente como sujeto-objeto, de sus prácticas sociales, incluyendo la ciudad.

Los flujos migratorios responden, muchas veces, al espacio-tiempo de los flujos económicos, acentuando las diversas situaciones de los factores productivos (recursos naturales, capital, trabajo) en varios sectores económicos (primarios, secundarios, terciarios) y en diferentes países. Las situaciones que impulsan las migraciones son muy diversas: dificultades económicas por largos períodos de tiempo; condiciones de vida paupérrima, que expulsan a individuos y familias de sus lugares de origen; persecuciones por ideas, creencias, razas, etc.; desastres ambientales naturales (geográficos, climáticos); epidemias, guerras y conflictos militares; *boom* económicos en otras regiones, que se tornan atractivos para la movilización individual y/o familiar; convenios político-económicos de intercambio entre entes estatales –y/o privados– de las naciones; extractivismo de recursos naturales, que impulsan explotación económica y social; estándares de mejor vida, que atraen mano de obra formada técnica y profesionalmente.

Migrar implica una acción trascendental: tomar la decisión (por razón personal o causa situacional) de movilizarse por tiempo indefinido (muchas veces definitivo) hacia otro territorio, contribuyendo en la urbanización cuando se moviliza a la ciudad. No solo migra la gente como ente corporal, también como ente cultural, es decir, como ser productivo de ideas, de pensamientos, de productos, con hábitos, costumbres, tradiciones, creencias, universos estéticos y tecnológicos, etc. Por ello, los migrantes comportan procesos humanos complejos. Portan, importan, exportan, formas y modos de producción, distribución, intercambio y de consumo, de cosas provenientes tanto de regiones internas como foráneas de un país. La utopía que impulsa y dinamiza el fenómeno migratorio es el mejoramiento de las condiciones de vida y/o de trabajo de la gente en relación con su situación existente, que padecen en las zonas que habitan. El migrante, en la Modernidad, se aprecia como capital humano eficiente, de bajos salarios, dócil, no exigente.

En Venezuela la migración ha sido desde siempre, pero la moderna urbanización se enmarca en el espacio-tiempo de la modernización desde finales del siglo XIX. Las migraciones, por ejemplo, ancestrales, comportaron el paso de una situación nómada a sedentaria. Mucho después, en el siglo XX, comportaron el paso de gente de una fuerte adscripción a lo local (la provincia), propio de lo tradicional, a otro de alta movilidad y adscripción difusa (la urbana), propio de lo moderno, dinamizando los procesos de urbanización de las grandes ciudades. La explotación petrolera indujo un fuerte incremento cuantitativo de la población urbana por causa, principalmente, de migraciones internas desde campos y pueblos a las ciudades. Paralelamente, y de magnitud respetable, la prosperidad que se prevía de la economía petrolera, también dinamizó las migraciones externas no solo de gente, sino de empresas

transnacionales como agentes gestores. Ello produjo cambios sustanciales en la estructura social-económica-cultural de la sociedad venezolana, manifestada como rápido proceso de urbanización de las ciudades y sus efectos sobre las formas de vida de la gente que las habita.

Este ensayo trata algunos hechos relevantes en materia de urbanización y hace énfasis entre las décadas de los ochenta del siglo XIX y cincuenta del siglo XX, pues en este tiempo se establecen fundamentos culturales que contribuyeron a la modernización de la sociedad venezolana. Por otra parte, Caracas responde a situaciones que asocian urbanización, migración y hechos socioambientales; por efecto, principalmente, durante el siglo XIX, a epidemias, desastres naturales y conflictos militares y, luego, en el XX, al impacto de la economía petrolera y su repercusión en la ciudad capital. Se utilizó una metodología cualitativa integradora de los factores más relevantes de la sociedad como totalidad, para interpelar transversalmente las referencias morfológico-estructurales y sus componentes sociales, económicos, políticos, culturales y físico-espaciales. Así, nos aproximamos, con mayor solidez, a la comprensión de lo que significó y significa para sus habitantes el proceso de materialización urbanística del hoy casco histórico y de la metrópoli. Se analizan aspectos de la práctica concreta del proceso de urbanización de Caracas (y la incidencia del fenómeno migración), realizada por gestión privada, pública y comunitaria, resaltando la producción física. El interés por la morfología¹ urbana nos llevó a indagar sobre los antecedentes, sobre las coyunturas históricas de la construcción de los espacios de la ciudad.

La morfología urbana, el espacio construido, refleja la organización económica, la organización social, las estructuras políticas, los objetivos de los grupos sociales dominantes [...] Si el espacio y el paisaje es un producto social, será posible partir de las formas espaciales que produce la sociedad para llegar desde ellas a los grupos sociales que las han construidos (Capel, 2002, p. 20).

1. ANTECEDENTES SOCIOHISTÓRICOS

Nos permitimos abordar períodos precoloniales y nuestros ancestros aborígenes, por considerar que ello posee una marca reconocible que permanece viva en el desarrollo de la estructura económica-social-física venezolana actual: son pueblos constructores.

Mario Sanoja e Iraidia Vargas (2004) afirman que los pueblos arawakos, caquetios, timotes (provenientes de la Amazonia y de los Andes), poseían características de civilización, como el cultivo agrícola y la producción artesanal, que los llevó a iniciar y consolidar un proceso civilizatorio, expresado en una formación social aldeana sobre el territorio que hoy conocemos como Venezuela. Las hipótesis de estos antropólogos configuran población con tendencia a migraciones e intercambios dentro de este territorio y fuera de él, poblando, por ejemplo, las islas antillanas del mar Caribe. Los arawakos orientales, barranqueños y los occidentales, los pueblos larenses de Camay, se encontraron en el Orinoco medio hace unos 2.700 años, fusionándose y dando nacimiento a nuevas culturas, sociedades, de cierta complejidad en su configuración socioeconómica, cultural y físico-espacial, donde no existía el concepto de propiedad privada de la tierra, tal como nos fue impuesta por los colonizadores españoles. Sanoja y Vargas las describen como sociedades con una considerable inversión de trabajo productivo, acorde a su ecología, para crear paisajes agrarios materializados en viviendas construidas sobre montículos artificiales y terrazas; sistemas de camellones para el cultivo en zonas de inundación; montículos y terrazas

¹ Estudiando forma, también su acepción “Maneras o modos de comportarse en sociedad” (DRAE, 1992, p. 984).

artificiales para el cultivo; sistemas de canales regadíos y embalses artificiales para almacenar el agua; silos subterráneos; sistemas de calzadas que servían, tanto para la comunicación en las épocas de inundación como para preservar y orientar las aguas de lluvia y de los ríos desbordados, etc. Los aborígenes, o indígenas, proveen acento propio al hábitat como unidad productiva con el denominado “conuco”, pequeño lote de terreno donde producen su sustento familiar, incluyendo la vivienda.

Por otra parte, consideramos a los conquistadores y colonizadores caucásicos hispanos, quienes migraron obligados por su situación militar o de pobreza. Aspiraban mejorar sus condiciones de vida con lo que la nueva tierra les prometía en cuanto a propiedades (piedras preciosas, latifundios, esclavos, etc.) y un mayor y sólido estatus social.

[...] los españoles tuvieron la oportunidad de asimilar a su programa de colonización grandes contingentes de fuerza de trabajo aborigen que ya poseían hábitos de disciplina laboral y política que facilitaba su encuadramiento dentro de los moldes de la sociedad clasista que imponía el proceso colonial (Sanoja y Vargas, 2004, p. 11).

La cultura de importación se inicia no solo con comercializar aquellos productos no existentes en el territorio dominado que beneficiaba a la raza dominante –la caucásica–, sino también con la esclavitud. La baja productividad indígena (para el capital invertido en las propiedades feudales) fue una de las razones que impulsó a los españoles a la importación de una raza humana –la negra–, obligada a migrar desde territorio africano para realizar tareas de producción, tanto y mayormente en el campo, como en la ciudad.

Sanoja y Vargas exponen que el mestizaje se dio primero entre poblaciones indígenas arawakas y caribes, y luego con blancos o mestizos pobres y negros esclavos. Este nuevo mestizaje dio origen a manifestaciones culturales venezolanas que todavía hoy se practican en nuestro territorio y, particularmente, en los barrios populares de Caracas.

Este panorama resume algunos antecedentes de la inserción de Venezuela dentro del sistema feudal-precapitalista occidental, determinando que el aspecto económico haya cumplido una función trascendental en el lento proceso de gestión y crecimiento urbano en la Colonia (con planificación formal, ej. Leyes de Indias, y no formal en la periferia), y que la producción de ciudad sea tan diversa y compleja en el tiempo posterior. Domingo Alberto Rangel afirma que son las formas productivas hispanas, trasplantadas íntegramente a nuestras tierras, el marco de la historia oficial de la producción en nuestro país. “[...] Barlovento y el Tuy van llenándose de negros esclavos [...] El cacao tendrá mano de obra suficiente [...] eje de nuestra economía a partir de la primera mitad del siglo XVIII [...] Venezuela comienza a rendir un excedente regular” (Rangel, 1969, p. 30).

Son las características económicas dominadas por el latifundio, el terrateniente rural y el campesino las que fijan los antecedentes de nuestras relaciones sociopolíticas, que luego son trasladadas a la ciudad, en tanto emerge el terrateniente urbano y el campesino se convierte en obrero. El campesino deriva de una población de tradición migratoria, de mestizos, hijos de españoles, indígenas y negros, mezclados entre sí. Esta población desarrolló modos de producción de subsistencia, que para el indígena fue el conuco y para el campesino latifundista –del dominio hispano– fue el “minifundio”. En ambos, su hábitat respondía al medio natural y a su cultura. Los lotes en minifundio no se otorgan en propiedad al campesino, nunca serán un medio de producción propio, privado, lo que los habitúa a no poseer propiedad alguna. Esos modos de producción pasaron de generación en generación, inclusive a latifundistas criollos de inicios del siglo XX. La economía feudal en Venezuela –de dependencia hispana (entre los siglos XVI al XVIII), con modelo monoprodutivo de fuerte

carácter agrícola, extractiva y exportadora—, contribuyó a determinar la distribución de la inversión y beneficios del capital hacia los territorios rurales, antes que a los urbanos. La organización de la producción —basada en capital externo— posee, probablemente, en los tiempos del cacao² (siglo XVIII), uno de los antecedentes capital-Estado, a lo que va a suceder en los tiempos de urbanización en la Modernidad.

El siglo XIX fue crucial para comprender la incidencia de las migraciones en la construcción social de Venezuela. Además de fenómenos naturales (terremoto, 1812) y epidemias sanitarias (viruela, 1898), una realidad fue factor común histórico de movilidad humana: las guerras, primero las de independencia, luego las civiles o federales. Estos fenómenos van a acentuar una característica del gentilicio venezolano en formación: proteger sus vidas los comporta como migrantes obligados, en mayoría relativa. Los ejércitos, tanto español como republicano, tuvieron como forma de vida la constante movilización de región en región, en un territorio tropical de geografía y clima tan diverso. El país, después de guerras sucesivas, estaba políticamente sometido por caudillos, identificados con la clase dominante (descendiente de europeos), que fungía de rectora de la sociedad y su economía de mercado, importando sus más emblemáticos consumos. La evolución al precapitalismo fue para activar la productividad demandada por el mercado. Quizás esté aquí un trazo del porqué de la ética cultural europea que caracterizó a la “Bella Época” y a los “Años locos” de finales del siglo XIX, y a los gustos y modas de inicios del XX, luego mezclado con lo estadounidense, que hoy cultiva nuestra sociedad.

Los campesinos, al migrar a las ciudades, se convirtieron en la clase obrera y media que puebla, mayoritariamente, los fenómenos clásicos de urbanización en Venezuela: a) las parroquias civiles (resultantes de la transformación de los barrios residenciales de los cascos históricos a mezcla de usos, sin desplazar totalmente la vivienda); b) los nuevos desarrollos como urbanizaciones residenciales, conjuntos habitacionales y de servicios (producidos por inversiones privadas y públicas); y c) los barrios populares (autoproducidos por las comunidades pobres). Al éxodo migratorio poblacional interno se sumó las emigraciones de europeos —muchos expulsados por la 1ª (1914-1918) y 2ª (1939-1945) Guerra Mundial— y de latinoamericanos pobres, que fortificaron el mestizaje.

2. CARACAS: MODERNIDAD DESDE FINALES DEL SIGLO XIX

Los principales hechos humanos de orden político, social, económico y cultural que sucedieron en Venezuela entre finales del siglo XIX y mediados del XX, fueron el contexto coyuntural cardinal que nos permite aproximarnos a la comprensión de la fenomenología de urbanización, bajo la premisa de ser una sociedad mestiza, de ciudades mestizas.

La Caracas del siglo XIX (como consecuencia de lo sucedido en el país) se caracterizó, según Simón Consalvi y otros (2000), por un lento desarrollo y poco crecimiento socioeconómico. El Estado, durante la presidencia del general Antonio Guzmán Blanco (1870-1888), asume un proceso hacia la modernización de la sociedad y la urbanización de la capital, aprovechando el repunte del ingreso fiscal por la exportación agrícola, ganadera y minera, que tiene consecuencias en la economía urbana, donde el comercio privado, principalmente, disfruta los dineros percibidos y estimula la importación de tecnología y cultura desde Europa; además, la actividad bancaria se fortalece.

² Donde lo privado (los “grandes cacaos” impulsados por la española Real Compañía Guipuzcoana) y lo estatal (la monarquía —Rey Carlos III— socia de dicha Compañía) se conjugan casi como un solo ente.

La ciudad experimentó la modernización por cambios en su dinámica social, que se expresó en su contexto morfológico, tanto físico como político, socioeconómico y cultural. El modelo de orden y progreso civilizatorio guzmancista está representado en París y esto perfila un régimen cuya acción dejó huella que perdura en la concepción ideológica urbana, como forma de modernizar la vida en la ciudad. El sistema político se apoyó en ideas positivistas-liberales (secundadas con políticas económicas financieras) y en la construcción de obras públicas, que actualmente son patrimonios arquitectónicos de la ciudad: el Teatro Guzmán Blanco (hoy Municipal), el Capitolio Federal, la Universidad Central, el Panteón Nacional, etc. Las artes, el gusto y la moda alteran los hábitos del caraqueño de clase alta y media, haciéndolo propicio al culto de los hechos europeos.

El sistema económico de modernización se materializó con inversión de capital foráneo, mayormente tecnologías, equipos, materiales y contratación de empresas (y mano de obra), estimulando la emigración caucásica. El cronista Guillermo Durán (2005) afirma:

Había en la ciudad de Caracas en el siglo XIX y propiamente en el país [...], en la clase dirigente que tomaba decisiones, un poco de prejuicio acerca de los criollos para la construcción. En las leyes de migración, decían que fueran blancos y católicos [...] porque ellos eran los que podían servir para la construcción, por ejemplo, de los ferrocarriles y de los caminos [...] tenían el prejuicio de que el criollo era sumamente flojo y no eran individuos que habían tenido escuela [...]

Posterior a Guzmán, en los asuntos político-militares se suceden, según Consalvi (2000), confrontaciones castrenses con secuelas de destrucción, devastación, crisis económicas, éxodos migratorios: la Revolución Legalista (1892); la Revolución Liberal Restauradora (1899) del general Cipriano Castro, quien nombra al general Juan Vicente Gómez gobernador del Distrito Federal; la Revolución Libertadora (1901), del banquero general Manuel Matos, apoyada por empresas transnacionales. Luego, el general Gómez lidera un régimen dictatorial (1908-1935), con el apoyo de Estados Unidos de América y el compromiso de favorecer inversiones de ese país. En esta época, en Venezuela se imponen los *trusts* transnacionales petroleros y se inducen importantes cambios económicos, ambientales, políticos y socioculturales, para insertarla en la Modernidad del mundo occidental.

La economía petrolera beneficia a la clase dominante de la sociedad venezolana, ubicada en entes con funciones en el Estado (instituciones burocráticas) y en la sociedad civil (empresas privadas), que promueven el desarrollo y crecimiento formal de muchas ciudades y, de Caracas, por ser sede del poder político y económico. La población urbana en 1926 era el 15% del total nacional, en 1961 el 62,5% (ambas según Brito, 1974), y en 1991 el 84% (Cilento, 1999). Se materializó un rápido proceso de urbanización que jugó un papel crucial en: 1) el crecimiento poblacional urbano; 2) el surgimiento de nuevos fenómenos económico-culturales en las clases sociales que habitan estos territorios; 3) la organización de agentes para las prácticas sociales que dinamizaron dicho proceso.

En Caracas, las presiones por crecimiento poblacional de 9,5% a inicios del siglo XX (Quintero, 1967), impulsan fenomenología urbana. Los entes dominantes actúan acorde a sus intereses en el tiempo y realizan una gestión formal, empírica, sin planificación técnica para conducir una acelerada urbanización, causada mayormente por dos fenómenos: 1. la mayor circulación interna de capital proveniente, principalmente, de la renta petrolera; y 2. las migraciones desde la provincia nacional y del exterior. Materializan una realidad urbana modernizadora concretada en inversiones, nuevas actividades económicas (inmobiliarias, industria de la construcción), urbanizaciones, conjuntos habitacionales, vialidad, infraestructura, equipamientos, servicios, etc., motorizada por el gasto público proveniente del ingreso fiscal. Además, se suma la sociedad comunitaria, población de bajos ingresos, ente

dominado, que induce una gestión no formal (pero tolerada), precaria, con la autoproducción de barrios populares.

En esta época se fortalece el capitalismo moderno en una Venezuela impactada por la industria petrolera, tecnologías, migraciones, etc., produciendo cambios como nunca se verificó en la relación espacio-sociedad. Los más relevantes para la urbanización fueron:

- La ejecución de políticas de Estado para el desarrollo económico, que favoreció principalmente las actividades terciarias (servicios) y/o secundarias (industriales y manufactureras) localizadas en las ciudades³ grandes e intermedias. El impuesto petrolero posibilita el gasto público y la construcción masiva de obras civiles urbanas.
- La renta petrolera privilegia a una nueva clase social: la burguesía urbana, capacitándola para generar empleos, invertir capital y dinamizar rápidos procesos de urbanización. La sociedad civil empresarial privada aumenta su capacidad de influencia directa en la economía, al cumplir un papel principal en el comercio y la industrialización (como representante de empresas foráneas), el mercado inmobiliario y la construcción de obras propias y las provenientes de los programas del Estado.
- Ambas acciones provocaron la atracción de una población de ingresos bajos y medios, que migró masivamente desde el campo y desde las pequeñas y medianas ciudades hacia las más grandes, en busca de mejores condiciones de vida. La Modernidad se manifiesta, también, por el incremento y aparición de nuevas clases sociales (obrera, media, nueva burguesía) que reforman la sociedad y repercuten en la ciudad. La creciente demanda de viviendas impulsó fenómenos de especulación de bienes y productos urbanos, inflación, concentración de propiedad de bienes mueble e inmueble en manos privadas y públicas.

Rangel (1969, p. 186) complementa el cuadro para aproximarnos a una comprensión de lo que va a acontecer posteriormente en Caracas:

Los últimos años del período agrario testimonian el ascenso vertiginoso de las inversiones destinadas a la construcción [...] En esa conducta se evidencia una ley del subdesarrollo. En países sometidos a la tutela de intereses foráneos, sean estos comerciales o mineros, el auge de la urbanización no se traduce en un incremento de la industria sino en el robustecimiento de las construcciones civiles. Las ciudades crecen para convertirse en distribuidoras de mercancías importadas o en reducto de una progresiva burocracia [...] Para acomodar esos flujos demográficos es indispensable el ensanchamiento de las actividades de la construcción. El proceso de urbanización estaba comenzando en la Venezuela de las postrimerías de la fase agrícola.

Las precarias condiciones de la vida rural, y en medianas y pequeñas ciudades en el siglo XX, obligan a pobladores más pobres –de férrea tradición, costumbres conservadoras, poca movilidad social– a acudir en éxodo a las ciudades en busca de mejoras sociales. Las migraciones responden a necesidades de supervivencia de una población pauperizada, y no de mano de obra para una creciente productividad industrial⁴ nacional y urbana, lo que hace del proceso de producción (incluyendo el de urbanización) más de carácter acumulativo y desequilibrado. Caracas es impactada por un fuerte crecimiento poblacional. Chi-Yi Chen (1970), basado en los censos nacionales de población, aproximó sus residentes para 1936 en

³ En menoscabo de las primarias localizadas en el medio rural, invirtiendo la situación feudal y precapitalista.

⁴ Que pudo ser impulsado con capitales nacionales (públicos, privados) provenientes de la renta petrolera.

259.000 hab. (saldo migratorio neto intercensal –SMNI– de 57.740 [22%] personas, repartidos en 55.649 [21%] internos y 2.091 [1%] externos); y para 1941 en 354.000 hab. (SMNI de 58.244 [16%]: 52.897 [15%] internos y 5.347 [1%] externos). Para 1950 en 693.896 hab.: 294.153 (42%) nacidos en la entidad, 304.305 (44%) nacidos en la provincia y 95.438 (14%) nacidos en el exterior; y para 1961 en 1.336.464 hab.: 665.987 (50%) nacidos en la entidad, 400.000 (30%) nacidos en la provincia y 270.477 (20%) nacidos en el exterior. La Oficina Central de Censo Nacional (1955) estableció que más del 60% del movimiento migratorio interno hacia el Distrito Federal –DF–, entre 1936-1941 y 1941-1950, provenía principalmente de Miranda, y de Aragua; e, igual porcentaje del movimiento migratorio externo provenía de España e Italia y de Portugal. El balance migratorio neto anual hacia DF fue de 11.095 personas entre 1936-1941 y 14.556 entre 1941-1950.

La estructura social tradicional de la población caraqueña, dividida en clases sociales, evoluciona al aumentar: menormente la clase alta, medianamente la clase media y surge la mayoritaria clase obrera (de empleo e ingreso estable, aunque bajo). Todas carentes de viviendas, por tanto, irían a acceder al naciente mercado oficial habitacional. Pero, el mayor estrato obrero (el popular) tenía empleo e ingreso inestable, y aún más bajo, y no tuvo acceso a este mercado, por lo que se vio obligado a la producción de su hábitat: el barrio.

En Caracas, a inicios del siglo XX se gesta un cambio por gentrificación del uso residencial para la localización de actividades empleadoras del sector terciario: administrativas (en especial públicas por su carácter de ciudad capital, pero también oficinas privadas) y comercios que ofertaban productos (vestidos, muebles, automóviles, etc.) para demanda de consumo de una creciente población –especialmente la heterogénea clase media de ingresos fijos– que accede rápidamente a los beneficios que producía la economía petrolera, y quiere adaptarse al progreso expresado –en la Modernidad– en gustos y modas provenientes de Europa y Estados Unidos. Almandoz (1997, p. 196) afirma:

Habiéndose congestionado desde finales del XIX con actividades administrativas y comerciales, los centros históricos comenzaron a alojar a los inmigrantes rurales atraídos por la urbanización; fue entonces cuando las clases altas y medias emigraron en busca de nuevas localizaciones residenciales, fijando así la dirección de desarrollo de sus capitales a lo largo de modernos “ensanches”.

La fenomenología de urbanización floreció en función de nuevas actividades económicas (dinamizadas por la renta petrolera, en manos de empresarios privados y burócratas públicos) beneficiosas para sus propietarios: transacciones inmobiliarias (compra-venta de bienes inmuebles), el financiamiento, el nuevo comercio y la industria de la construcción. Se materializó, por un lado, 1) un fenómeno productivo: las urbanizaciones y conjuntos residenciales; formal, legal, pero carente de eficientes instrumentos de planificación y control de desarrollo, como son los planes públicos urbanos, y los que se elaboraron no se materializaron físicamente. Por ejemplo, el Plan Monumental de Caracas –también conocido como Plan Rotival (1939)– apenas sirvió para la demolición de 14 manzanas y la construcción de la avenida Bolívar (1951-1953); o el Plano Regulador de Caracas (1951) y su normativa de zonificación, que no fue respetado totalmente. Se concretó un progreso urbanístico empírico mediante un desarrollo planificado, tácitamente desde la lógica del capital (propiedad, inversión, producción, renta, mercado, etc.), forjado mediante fragmentación extrema de lotes y parcelas, cambio de usos, densificación poblacional y constructiva y renovación urbana en el hoy casco histórico, así como tierras urbanizadas en el resto del valle por extensión y ensanche, permitiendo a compañías privadas y al Estado desarrollar el mercado oficial de vivienda en urbanizaciones; por otro lado, 2) otro fenómeno productivo: los barrios, no formal, no legal, precarios por la carencia de los más elementales

servicios y equipamientos; con construcciones y viviendas populares materializadas por y para la sociedad comunitaria que no tiene acceso al mercado oficial.

3. FENÓMENO FORMAL: URBANIZACIONES Y CONJUNTOS RESIDENCIALES

El impacto económico petrolero a partir de 1920 provocó en Caracas una nueva fuente de acumulación de capital, con dos productos mercantiles para el mercado habitacional, en terrenos de haciendas agrícolas, sin necesidad de planes urbanos oficiales: 1) urbanizaciones –quintas, casas, apartamentos– y 2) conjuntos residenciales. Tienen como productores a la empresa privada y al Estado, y como clientes a familias de la nueva clase de altos ingresos y, principalmente, clase de medianos ingresos por su cantidad.

Para Carlos Di Pasquo (1985), la inversión privada, favorecida por la nueva economía, el apoyo financiero y la actitud permisiva del Estado, y alentada por El Paraíso –urbanización por extensión para la clase de altos ingresos de la época: 1895–, en apenas diez años (1925-1935) desarrolló más de veinte urbanizaciones en una superficie mayor a la ocupada por Caracas en 1925. Se materializaron el Country Club para la nueva burguesía urbana y varias urbanizaciones para la clase de medianos ingresos: del este (hoy Los Caobos), San Agustín del Norte, El Conde, Maripérez, Los Palos Grandes, Campo Alegre, Altamira, Nueva Caracas, Los Jardines, etc. Muchos de los gustos caraqueños consiguieron en ellas el asiento de tecnologías y modas de épocas (electricidad, automóvil, radio, teléfono, muebles), que significaron –y todavía significan y simbolizan– el desarrollo de una moderna forma de vivir.

El negocio urbanístico hizo énfasis en suplir las necesidades de la clase de medianos ingresos, que se forma por el interés de progresar de la gente de la provincia llegada a las urbes. Es en esta clase donde, según Federico Brito (1974), se centra e impulsa los mayores esfuerzos para el consumo, por la dinámica de gustos y modas que impulsa la clase dominante, desde sus posiciones de liderazgo social. Este autor afirma que la “nueva clase media”, en todos sus estratos y especializaciones socioprofesionales, se multiplica en la medida en que la transferencia de poder se inclina hacia lo financiero nativo y los monopolios foráneos, que imponen sus estilos de vida y motivaciones como los patrones culturales de la sociedad venezolana. Rangel (1971) resalta que una de las insatisfacciones de la clase media fue la habitacional, lo que determinó que la clase dominante inicie un proceso de dotación masiva (para la época) de viviendas en una moderna concepción: las urbanizaciones.

La dinámica edificadora y urbanizadora privada, desde inicios del siglo XX –motorizada por el capital con su modo, los sindicatos como agencias mercantiles–, favoreció el desarrollo de una estructura física caracterizada por edificios monumentales, calles vehiculares y tipos habitacionales unifamiliares –continuos o aislados– y multifamiliares. La producción de viviendas para la venta y/o alquiler (principalmente a la clase media) se convertiría en una nueva fuente de inversión y ganancias para los promotores urbanos. Según Henry Vicente Garrido (2004), bajo los sindicatos urbanizadores se agrupaban propietarios de terrenos vacantes, accionistas que aportaban capital y técnicos especializados que elaboraron los proyectos para desarrollar una “urbanización”. La ejecución se hacía por medio de contratos a empresas constructoras, y la promoción y venta de los terrenos frecuentemente era por cuenta de los mismos urbanizadores. La comercialización significó ofrecer variedad arquitectónica al mercado, con proyectos realizados por ingenieros, arquitectos nacionales (ej. Alejandro Chataing: Plaza de Toro Nuevo Circo –para la tauromaquia, ocio español–, 1919) y migrantes foráneos (ej. Manuel Mujica, catalán: urbanizaciones La Florida, 1929, Campo Alegre, 1932) y los maestros de obras. Todos no dudan en materializar a través de

construcciones, sus ideas y conocimientos en materia de estilos, entre los que reinó el eclecticismo y el moderno.

El fenómeno urbanizador y constructivo utilizó tecnologías, innovaciones, productos, materiales (muchos foráneos) para hacer realidad la visión del espíritu emprendedor de la nueva clase empresarial, rumbo a la Modernidad. El ascensor (para la circulación vertical de los edificios cada vez más altos), estructuras metálicas prefabricadas (para columnas, vigas y techos), concreto armado (para columnas y vigas, entrepisos, losas de piso), entre otros, todos comercializados por nuevos comerciantes (muchos de ellos –ej. Chataing– representantes de empresas internacionales, principalmente de Estados Unidos) que compiten con los que cubrían la demanda de otros gustos modernos como el automóvil, los muebles art déco, etc. Para el éxito, fue crucial la influencia de la propaganda que ejercieron los medios de comunicación de masas: la prensa, las revistas, la radio. La migración europea –y estadounidense– trajo consigo, además, costumbres y gustos (estéticos, gastronómicos, ocios) que son practicados en teatros, galerías, restaurantes, clubes, cines, campos deportivos, etc. y asimilados por las clases sociales emergentes.

La relación urbanización-migración en Caracas, desde la década de los veinte, tiene en San Agustín un proceso singular –que exponemos, sin buscar generalizar– de producción de fenómenos urbanos paralelos de uso residencial: urbanizaciones y barrios (este último lo expondremos más adelante).

En cuanto al proceso urbanizador, dos prácticas espaciales: 1) por gestión empresarial privada sobre antiguas haciendas –La Yerbera, Vegas del Guaire, El Conde– de la parroquia Santa Rosalía, materializando urbanizaciones (por ensanche) y casas: San Agustín del Norte, 1927 (Juan Bernardo Arismendi, Luis Roche –hijo y nieto de migrante español y francés, respectivamente–, con sus socios del Sindicato Prolongación de Caracas); El Conde, 1929 (Juan B. Arismendi, Juan Benzo, Tomás Sarmiento); San Agustín del Sur (por extensión), 1930 (Luis Roche y el Sindicato San Agustín del Sur, usufructuando la estructura urbana de inversión pública del Banco Obrero). Esta gestión, además, impulsó procesos migratorios hacia Caracas. Tal fue el caso de la empresa privada Alcántara & González Constructora y sus socios Antonio Alcántara y Anacleto González, quienes, aun actuando como inversionistas menores en San Agustín del Norte, indujeron masivas migraciones internas;⁵ 2) por gestión de agentes del Estado: San Agustín del Sur (sobre la hacienda Vegas de El Guaire), 1929 (ejecutado por los empresarios privados Luis Roche y Diego Nucette Sardi para la agencia Banco Obrero); conjuntos residenciales (apartamentos): La Yerbera, década de los sesenta (Banco Obrero), Hornos de Cal, Vuelta El Casquillo y Jardín Botánico, décadas 1970-1980 (para la agencia Centro Simón Bolívar, C.A.); conjunto residencial-oficina-comercio Parque Central, 1983 (proyectado por el venezolano arquitecto Enrique Siso y el migrante español arquitecto Daniel Fernández Shaw, para el Centro Simón Bolívar, C.A.). Calles, pasajes, arquitectura ecléctica (morisca, mudéjar, tradicional, art déco) y moderna han dado a las urbanizaciones carácter e identidad cultural y patrimonial, conservando el uso residencial. El éxito del proceso urbanizador hizo que fuese decretada una nueva parroquia, San Agustín (1936), nombre de la urbanización inicial dado por Juan Bernardo Arismendi para evocar el bulevar parisino Saint Augustine (Carías, 1971).

Varios proyectistas de los edificios de San Agustín fueron migrantes europeos; arquitectos (ej. Rafael Bergamín –español–, cine América), pero principalmente maestros de obra y constructores anónimos o no, cuya experticia les permitió solucionar los más variados requerimientos en lo relacionado con técnicas y formas. Esto los enaltece en cuanto a su astucia, audacia, coraje y creatividad, igualmente, respecto a la calidad del diseño de la

⁵ Dice Heriberto González Méndez (Noticav, 1998), “Mi padre fue el autor de ese crimen, porque él se trajo de Margarita 300 hombres para trabajar y los colocó en lo que se llamó [barrios] Las Brisas y La Charneca”.

artesanía y manufactura materializada en la arquitectura de las urbanizaciones. En las viviendas hubo una intervención crucial de estos trabajadores, quienes, por oficio, contribuyeron en forma directa, es decir, al construirlas, en su diseño. Arismendi y Roche⁶ – farmacéuta y comerciante, aunque considerados los arquitectos de San Agustín (*El Universal*, 31-11-1927) –, tenían más confianza en depositar mayores responsabilidades constructivas en maestros de obras europeos que en los venezolanos.

Los promotores privados y públicos de urbanizaciones contribuyeron activamente y son propulsores de especulación del suelo urbano en Caracas y del desarrollo de una gama de actividades de pequeña y mediana industria relativa a la construcción. Esto no solo en cuanto a la producción de productos para el desarrollo de esta industria –ornamentos artesanales (balaustres, columnas, capiteles, pasamanos, cañuelas y cromos, cristales, etc.), elementos manufacturados prefabricados (bloques, mosaicos artísticos, etc.)–, sino también en la formación de una masa de obreros de la construcción, que ve aumentar los conocimientos empíricos que traían de sus regiones de origen en la provincia, con los que adquieren por contacto con migrantes europeos en las labores de producción de las urbanizaciones, así como de quintas, casas, apartamentos, cines, garajes, etc.

Las urbanizaciones de San Agustín fueron rápidamente la panacea habitacional de masas migratorias, que ven en Caracas la posibilidad de alcanzar sus utopías. “Venían más que todo a buscar campo de trabajo, más facilidad para el trabajo hay aquí en Caracas” (Muñoz, 2005). La parroquia contribuyó a la práctica social del moderno éxodo de pobladores europeos, pues fue asiento de muchos de ellos: “Sí, había personas de afuera de Venezuela, portugueses e italianos la mayoría [...] En los pasajes [San Agustín del Norte] había muchos españoles [...] Posiblemente ellos se encontraban ambientados con la construcción” (Sánchez, 2005). Pero, desde la década de los sesenta, muchas casas se incorporan a la gentrificación con nuevos propietarios y usos. Las pensiones han sido una actividad comercial hoy consolidada, principalmente en San Agustín del Norte y El Conde, considerado por los residentes como uno de los mayores problemas sociales: [...] en las pensiones, las casas las subdividían y la utilizaban más como negocios [...] le hacen una ranchería arriba, la subdividen, y en uno solo [espacio] meten veinte personas [...] ¿Qué ha traído eso? Miles de inmigrantes que viven solos [...] y cobran bastante, miles de bolívares por un cuartito (Flores, 2005).

4. FENÓMENO NO FORMAL: BARRIOS

Paralelo al fenómeno de urbanización por producción formal de urbanizaciones en las primeras décadas del siglo XX en Caracas, se produjo otro fenómeno, no mercantil, no formal, de crecimiento urbano por extensión del casco central: la autoproducción de asentamientos populares denominados barrios (ej. San Agustín del Sur, El Guarataro); como hábitat de la sociedad comunitaria pobre, aquella formada por obreros de trabajos inestables y de más bajos ingresos.

Un aspecto básico en el estudio de la clase social pobre es el referido a los movimientos migratorios. La mayoría de individuos –y familias– que migraron a las ciudades provenían del medio rural; gente aislada, analfabeta, solidaria, tradicional, plurifuncional, según Brito (1974). En las pensiones donde primeramente llegan como alojamiento en la ciudad, o en las viviendas de familiares o amigos, se encuentran con otros en similares situaciones. Ello los reúne y solidariza en incursiones, primero en pos del empleo y luego en pos de vivienda –rancho rudimentario– y hábitat, donde invierten sus salarios para producirlos.

⁶ Probablemente influenciados por su educación familiar y los gustos y modas culturales de Europa.

Los barrios asentaron masas migratorias rurales, por ello afirmamos que el campesino, al convertirse en proletario urbano, fue el productor material de la ciudad y sus barrios, en especial el obrero de la construcción. “En el Área Metropolitana de Caracas viven más de dos millones de personas y casi un millón de ellas se alojan en barrios de ranchos” (Bolívar, 1980, p. 68). Las diversas regiones de la provincia aportaron, a lo largo del siglo, no solo población, sino también lo que significó en cuanto a espacio sociocultural. “[...] de la población residenciada en el área de ranchos de la Zona Metropolitana, se observa que el 10 por ciento emigró en 1926-1935; el 15 por ciento en 1936-1945; el 20 por ciento en 1946-1955; el 50 por ciento a partir de 1956 [...]” (Brito, 1974, p. 559).

Estos pobladores produjeron con relativa rapidez asentamientos en extensas áreas de Caracas, contribuyendo a transformar social, económica, física y culturalmente la ciudad.

[...] de las 1.151 Has. del área urbana existentes en 1936, apenas 21 Has. estaban conformadas por barrios [...] en 1949 las áreas de barrios alcanzan unas 750 Has. [...] pero es en 1966 cuando se extiende considerablemente el área de barrios, alcanzando 2.433,70 Has. y en 1971, 2.973 Has. conformadas por barrios; ello representa según Bolívar, 26% del área total urbanizada [...] para 1991 el área ocupada por las zonas de barrios del Área Metropolitana Interna es de 3.187,85 Has (Bolívar et al., 1994, en Ontiveros, 1999, p. 30).

Trajeron formas de vida que buscan adaptarlas al nuevo contexto territorial urbano, a medida que fueron construyendo las ciudades en Venezuela. El asunto se complejiza cuando se incorpora a esta masa, no por menor menos importante, la población de bajos ingresos proveniente tanto de pequeñas y medianas ciudades, como a los migrantes extranjeros, que también buscaron alcanzar en las grandes ciudades venezolanas la utopía de mejorar sus condiciones de vida. Además de convertirse en obreros productores de productos –de consumo colectivo (incluyendo las urbanizaciones)– y servicios, para el valor de cambio de la sociedad, también fueron obreros para construir su propio hábitat (los barrios), es decir, producir productos para el valor de uso de su propia clase social.

Sus arraigos familiares los lleva a mantener estrechas relaciones con sus lugares de origen, a las que le unen lazos consanguíneos, de amistad, ambientales, etc. Estas relaciones implican comúnmente dependencia económica –incluso al nivel de único sustento– de familiares residentes en centros poblados medios o pequeños, y mayor aún en el medio rural, de los que residen y laboran en las grandes ciudades. Una forma de manifestación de esto son los frecuentes viajes realizados a esos sitios de origen, y que alcanzan niveles masivos en vacaciones y días festivos del calendario laboral. Estas características (migraciones, dependencia económica y viajes) se suceden también con los extranjeros –aún de clase media–, quienes cuantitativamente representan una masa considerable que llega a millones de personas en el país, si se contabilizan las migraciones en el siglo XX (con diferentes topes) provenientes de Europa y Latinoamérica (principalmente Colombia, pero también Ecuador, Perú, República Dominicana).

En la situación de pobreza económica en que llegaron a las ciudades, los campesinos-obreros produjeron su hábitat con un patrón sociocultural de construcción proveniente de su medio ecológico original. Las tradiciones, costumbres, hábitos varían en escala y niveles acorde al sitio de procedencia: costas, montañas, llanos, etc. El barrio es resultado y materialización de un modo de vida, en el tiempo, que es lo que llamamos la cultura del barrio, que no es homogénea sino heterogénea, diversa.

Los pobres tuvieron dos formas de asentarse en la ciudad: comprando y ocupando –por invasión o por sesión– parcelas y lotes de terrenos, muchos de ellos de difícil construcción:

cerros, quebradas, etc. En el caso de ocupación, el significado de asentarse en terreno ajeno no era muy diferente a su tradición, ya que en el medio rural estaban acostumbrados a algo similar: construir sus casas y área de sustento (minifundio) en terrenos propiedad de sus patrones. La tradición, los saberes y modos de producción del hábitat serían utilizados empíricamente en el nuevo territorio a residir, en función de sus capacidades económicas, pero bajo un contexto diferenciado: el urbano; y dentro del sistema capitalista que, en Caracas, por ser capital de la nación, define unas características que le son propias y la diferencia de otras ciudades venezolanas.

Se puede afirmar que muchas zonas de barrios de la ciudad han adquirido identidad singular por la influencia de tradiciones, costumbres y actividades que realizan, unos diferenciados de otros. La propia nomenclatura que adquieren como barrio (A Juro, Carpintero, Unión, Sin Techo, etc.) va dibujando, en su proceso de conformación en el tiempo, una connotación social y antropológica que le da identidad. Sin embargo, en la medida en que el tiempo transcurría y estas familias se incorporaban a la clase de obreros estables, su situación de ingreso económico evolucionaba, así como su experticia en la construcción de obras civiles. El barrio y la vivienda lentamente se fueron adhiriendo a la Modernidad (y a la especulación inmobiliaria), a la práctica de producción física y uso de sistemas constructivos, organizaciones espaciales, infraestructura, materia prima y productos industrializados, al construir y transformar sus viviendas y su hábitat. El rancho evolucionó a casa, edificada con materiales duraderos del mercado de la construcción; y significó un proceso de fusión de lo tradicional con lo moderno, produciendo el tipo arquitectónico popular y ecléctico, que respondía a sus necesidades, posibilidades económicas y expectativas éticas y estéticas. Proceso que podría durar décadas.

La parroquia San Agustín no escapó a las deseconomías propias del capitalismo del subdesarrollo urbano, surgimiento de barrios (San Agustín del Sur), y contribuye asentando en su territorio parte de la población migratoria que, según Brito (1974), entre 1926-1935 viene de los valles del Tuy y de Barlovento (donde el 77% de su población era campesina en 1937) en 60%, incrementándose en décadas siguientes; también de Margarita, como ya mencionamos. Los sectores –y sus barrios– materializados fueron: Vuelta El Casquillo, El Manguito, La Ceiba, Marín, Hornos de Cal y La Charneca. Los pobladores que más han hecho presencia (desde la década de los cuarenta) respecto al cultivo de su acervo cultural han sido los negros afrodescendientes: “Uno, el joven, es caraqueño, pero de padres de por allá. Donde uno vaya su raíz es de Barlovento, nuestra sangre. Uno nunca ha despreciado su raíz” (Vecinos, en Ontiveros, 1985, p. 144).

Juan Arismendi y Luis Roche adquirieron los cerros de San Agustín del Sur y ofertaron comercialmente en pequeñas parcelas su extensa propiedad por medio de intermediarios:

Como dueño de aquellos hornos, trabajaba un muchacho alto, bronceado, recién venido de Margarita. A Juan Bernardo Arismendi le llamó la atención la “viveza” de aquel oriental desgarbado. De la noche a la mañana lo hizo vendedor de parcelas de San Agustín. Así entró Pedro Agustín Cardona en los cerros al Sur del Guaire, vendiendo terrenos para Arismendi (Carías, 1971, p. 68).

El paradigma de compra y venta de bienes había sido transmitida: “Mi papá, [José] Mercedes Marín, ya estaba instalado desde 1925 en estos cerros. Él había fundado la ensenada de Marín, luego de comprarle a Luis Roche” (Pedro A. Cardona, en Carías, 1971, p. 68). Este y otros compraron a Arismendi y Roche lotes de terrenos en cerros de San Agustín. Evolucionaron de intermediarios a promotores urbanos: vendiendo parcelas, construyendo ranchos para alquiler y venta y, con ello, impulsando acciones inmobiliarias –dentro del nivel social de familias de bajos ingresos– en la parroquia y la Caracas de la época.

Otra característica de San Agustín es su ocio y manifestaciones culturales sincréticas, cultivadas más en calles, escaleras, ranchos, casas, que en teatros: Velorio de Cruz de Mayo (de procedencia andaluza), mampulorios (de origen africano), procesión de San Juan Bautista (de sincretismo europeo-africano), conciertos de música tradicional (venezolana) y de fusión urbana: salsa (caribeña), jazz (estadounidense), etc. El arraigo artístico los identifica como valor patrimonial ciudadano: “Parece que el genio de la música se posesionó de este pedacito de Caracas [...] unas dieciséis familias de Marín parieron para la vida el fermento de tal arrebató: Álvarez, Blanco, Rengifo, Ramírez, Orta, Ramos, Padilla, Palacios, Ruiz, Castro, Rangel, Rodríguez, Mendoza, Castellano, Colón y Quintero” (Quintero, 2006, p. 45).

CONCLUSIONES

En Venezuela, a finales del siglo XIX y medios del XX, la práctica social y gestión espacial urbana conservó el marco ideológico que lo sustentaba, basado en el pensamiento positivista-liberal e ideas de orden, progreso y modernización, a pesar de que las influencias cambian el norte de la brújula de Europa a Estados Unidos, por causa del petróleo.

Los asuntos urbanos (urbanización, migración y su bagaje de conductas socio-política-económica-culturales) no solo se reducen a entes gestores y a masas de personas que se trasladan de un territorio a otro, más bien a la cultura que viene con ellos y que comporta, directa e indirectamente, valores (capitales, bienes) y modos de vida (gustos, modas), que tienen que ver tanto con calles, escaleras, manzanas, parcelas, edificios, como con tecnologías, estética, hábitos, costumbres, ocios. Migrantes, lo que traen, lo que reciben, lo que fusionan, y población mestiza, son base hacia nuevos paradigmas, nueva cultura.

La urbanización centra su acción en la población y su fuerte incremento cuantitativo –por crecimiento vegetativo y éxodos migratorios provincia-ciudad y del exterior–, produciendo cambios en la estructura social de la ciudad, rápido proceso de asentamiento y sus consecuencias en la especulación de suelo urbano y la industria de la construcción.

Luego de casi un siglo, en la ciudad queda poco rastro de la clase campesina que, para sobrevivir, se vio obligada a migrar masivamente a las urbes y transformarse en media y obrera, contribuyendo en la formación social de la sociedad urbana. La evolución de los valores sociales de los migrantes originarios y la adquisición de valores urbanos de sus descendientes, ha provocado una emergente conciencia de clase en donde, además de intercambiar, fusionar, transformar lo traído de la provincia con lo encontrado en la ciudad, se han producido nuevos valores. Ello está relacionado con el proceso de expansión internacional del modo de producción capitalista en la formación social venezolana, con las exigencias de la reproducción del capital y sin cambios estructurales de fondo.

Esto se plasmó en la Caracas del siglo XX, totalidad gestada de modo diferenciado en lo formal y lo no formal. Su morfología urbana moderna se caracterizó por la recepción, reconocimiento y permeabilidad de múltiples migraciones nacionales y extranjeras, proveniente de diversos territorios, con variedad de costumbres, tradiciones, hábitos y otras características, que se mezclaron produciendo una cosmovisión social particular, conformación de nuevas clases sociales y asiento de diferentes razas, diversas etnias, variadas creencias, instituyendo una metrópoli multicultural perceptible. Caracas es una ciudad sincrética, que busca la conciliación de su gente. La utopía de vivir en esta ciudad fue alcanzada por la población migrante, aun en condiciones diferenciadas. Pasó a ser topía, a ser estado de concreción de la utopía, al construir su nuevo orden social en lo urbano, donde se concretan sus anhelos, sus disfrutes, sus angustias, sus conflictos; con sus acciones, reacciones y contradicciones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Almandoz, A. (1997). *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*. Caracas: Equinoccio, Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.
- Brito, F. (1974). *Historia económica y social de Venezuela. Una estructura para su estudio*. Tomo II. Caracas: Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central Venezuela.
- Capel, H. (2002). *La morfología de las ciudades*. Vol. I. Barcelona, España: Ediciones del Serbal.
- Carías, G. (1971). *Habla La Charneca*. Caracas: Publicaciones Acción en Venezuela.
- Chen, Ch. (1970). *Los pobladores de Caracas y su procedencia*. Caracas: Edit. Arte.
- Cilento, A. (1999). *Cambio de paradigma del hábitat*. Caracas: CDCH-IDEDEC-FAU-UCV
- Consalvi, S., Strauss, R., Rodríguez, J. y otros (2000). *Historia de Venezuela en imágenes*. Caracas: Fundación Polar-C.A. Editora El Nacional.
- Oficina Central de Censo Nacional. (1955). *Octavo Censo General de Población-1950. Distrito Federal y Estado Anzoátegui*. Caracas: Ministerio de Fomento. Dirección General de Estadísticas y Censos Nacionales.
- Ontiveros, T. (1999). *Memoria espacial y hábitat popular urbano. Doce experiencias familiares en torno a la casa de barrio*. Caracas: Fondo Editorial Trópykos.
- Quintero, R. (1967). Estratificación social y familia, en *Estudio de Caracas*. Vol. IV. Caracas: Imprenta Universitaria UCV.
- Quintero, R. (2006). *Vivir en Marín*. Caracas: El Perro y la Rana Ediciones.
- Rangel, D. (1969). *Capital y desarrollo*. Tomo I. La Venezuela agraria. Caracas: Editora San José.
- Rangel, D. (1971). *La oligarquía del dinero*. Caracas: Editora San José.
- Real Academia Española. (1992). *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid: Editorial Espasa Calpe.
- Vicente, H., Almandoz, A., Caraballo, C., Silva, M., Hernández, S. y otros (2004). *Santiago de León de Caracas: 1567-2030*. Caracas: Edición Exxon-Mobil Venezuela.

Trabajos académicos

- Di Pasquo, C. (1985). Caracas 1925-1935: iniciativa privada y crecimiento urbano. Trabajo de Ascenso. Caracas, Universidad Central Venezuela.
- Ontiveros, T. (1985). Marín, la mémoire collective d'un "barrio" populaire a Caracas. Tesis Doctoral, Universidad de París VII. París.

Revistas

- Bolívar, T. (1980). La producción de los barrios de ranchos y el papel de los pobladores y del Estado en la dinámica de la estructura urbana del área metropolitana de Caracas. *Revista Interamericana de Planificación*, vol. XIV, nº 54, 68-91.
- González, H. (1988). Bulevard Ruiz Pineda, San Agustín del Sur. *Noticav*, Boletín informativo mensual del Colegio de Arquitectos de Venezuela, año 1, nº 6, s/p.

Sanoja, M, y Vargas, I. (2004). Proceso civilizatorio y cambio histórico en Venezuela. *Question*, año 2, n° 22, 10-11.

Entrevista del autor

Durán, G. (2005). Cronista de la ciudad de Caracas.

Flores, G. (2005). Arquitecto, profesor de la Universidad Central de Venezuela, residente de la urbanización San Agustín del Norte.

Muñoz, B. (2005). Vecina de la urbanización San Agustín del Norte.

Sánchez, P. (2005). Comerciante de origen europeo ubicado en la urbanización y antiguo residente de la urbanización San Agustín del Norte.